

CUENTOS PARA LA ÉPOCA DE PASIÓN

2 - 4

ROBIN EL PETIRROJO

Sucedió en el tiempo en que Nuestro Señor creó el mundo y cuando no sólo había hecho el cielo y la tierra, sino también todos los animales y las plantas, y les fue dando al mismo tiempo sus nombres.

Ha habido muchas historias referentes a esas épocas, y si las conociésemos todas tendríamos luz sobre todo lo que no podemos comprender ahora en este mundo.

En aquel tiempo, ocurrió un día que, mientras Nuestro Señor estaba sentado en su Paraíso pintando a los pájaros pequeños, los colores del pote de pintura se terminaron y el jilguero hubiera quedado sin color si Nuestro Señor no hubiese limpiado todos sus pinceles en sus plumas. Fue en ese entonces cuando el burro llegó a tener las orejas largas porque no podía recordar el nombre que le habían dado.

Tan pronto como había dado unos cuantos pasos sobre los prados del paraíso, que ya se había olvidado, y tres veces volvió a preguntar su nombre.

Al final, Nuestro Señor se impacientó, tomó sus dos orejas y le dijo: "Tu nombre es asno, asno, asno!" y mientras decía esto estiraba ambas orejas para que el asno pudiese oír mejor y recordar lo que se le había dicho.

También en el mismo día la abeja fue castigada, pues en cuanto fue creada empezó inmediatamente a juntar miel, y los animales y seres humanos que percibieron el delicioso olor de la misma, se acercaron y quisieron probarla. Pero la abeja quería guardar todo para ella y con su aguijón venenoso perseguía a cualquier criatura viviente que se aproximara a su colmena. Nuestro Señor vio esto, y al momento llamó a la abeja que viniese a él y la castigó:

-“Te di el don de juntar miel, que es lo más dulce de toda la creación”, dijo Nuestro Señor, “pero no te di el derecho de ser cruel con tus prójimos. Recuerda bien que cada vez que piques a cualquier criatura que desee probar tu miel, seguramente morirás”.

¡Ah, sí! En aquel tiempo también el grillo quedó ciego y la hormiga perdió sus alas; así ocurrieron muchas cosas extrañas en ese día.

Nuestro Señor estaba sentado en su trono del paraíso, grande y benigno, allí planificó y creó a lo largo de todo el día, y al anochecer concibió la idea de hacer un pajarito gris.

-“Recuerda, tu nombre es Robin Petirrojo”, dijo Nuestro Señor al pájaro tan pronto como lo hubo terminado. Entonces lo puso en la palma de su mano abierta y lo dejó volar.

Una vez que el pájaro estuvo probando sus alas un tiempo y vio algo del maravilloso mundo en el cual le estaba destinado vivir, tuvo curiosidad de ver cómo era él mismo. Se dio cuenta que era todo gris, y que su pecho era tan gris como todo el resto de su cuerpo., Robin

Petirrojo giraba y se volvía en todas direcciones mientras se miraba en el espejo de un lago claro, pero no podía encontrar una sola pluma roja.

Entonces voló de nuevo hacia Nuestro Señor que estaba sentado, grande y benigno. De sus manos salían mariposas que revoloteaban sobre su cabeza; las palomas cantaban en sus hombros, y de la tierra, bajo Él, crecían la rosa, el lirio y la margarita.

El corazón del pajarito latía fuerte, con miedo, pero, con unas curvas suaves, voló cada vez más y más cerca de Nuestro Señor, hasta que al final se posó en su mano. Entonces el Señor le preguntó qué quería:

-*"Yo sólo deseo preguntarle una cosa",* dijo el pajarito.

-*"¿Qué es lo que deseas saber? Dijo Nuestro Señor".*

-*"¿Por qué tengo que llamarme Petirrojo si soy todo gris, desde mi pico hasta el final de mi cola? ¿Por qué soy llamado Petirrojo cuando no poseo una sola pluma roja?"*

El pájaro miraba suplicante a Nuestro Señor con sus ojitos negros. Después giró su cabeza. Sobre él vio faisanes todos rojos bajo unos puntitos de polvo dorado, loros con maravillosos cuellos rojos, gallos con crestas coloradas. ¡Y no digamos de las mariposas, los jilgueros y las rosas! Y naturalmente pensó qué poquito necesitaría, sólo una pequeña gota de color en su pecho y él también sería un pájaro bonito y su nombre le iría bien.

-*"¿Por qué tengo que llamarme Petirrojo si soy completamente gris?"* Preguntó el pájaro una vez más y esperó que Nuestro Señor dijese:

-*"¡Ah, amigo mío! Ya veo que olvidé pintar de rojo las plumas de tu pecho, pero espera un momento y lo haré"*

Pero no fue así. Nuestro Señor sólo sonrió un poco y dijo:

-*"Te he llamado Robin Petirrojo y Robin Petirrojo será tu nombre, pero... ¡debes estar atento! De forma que tú mismo ganes las plumas rojas de tu pecho".*

Entonces Nuestro Señor alzó sus manos y dejó volar al pájaro una vez más al mundo. Y el pájaro voló hacia abajo, al Paraíso, meditando profundamente.

¿Qué podría hacer un pajarito como él para ganarse por sí solo las plumas rojas? Lo único en que podía pensar era en hacer su nido en un arbusto espinoso. Lo construyó entre las espinas de un matorral cercano. Parecía como si esperase que el pétalo de una rosa fuese a colgarse en su garganta y darle color.

Incontables años habían llegado y se habían ido hasta ese día, que fue el más feliz en todo el mundo. Los seres humanos ya habían avanzado hasta muy lejos y habían aprendido a cultivar la tierra y a navegar los mares. También se habían procurado vestidos y adornos para ellos mismos, y hacía ya tiempo que habían aprendido a construir grandes templos y ciudades como Tebas, Roma y Jerusalén.

En aquel entonces amaneció un nuevo día, uno que será por mucho tiempo recordado en la historia del mundo. En la mañana de ese día Robin Petirrojo se posó sobre un pequeño montículo afuera de las murallas de Jerusalén y cantó para sus pichones que permanecían en un pequeño nido entre un arbusto espinoso.

Robin Petirrojo contó a los pequeños sobre ese maravilloso día de la Creación en que el Señor había dado nombre a todo, y también cómo cada Petirrojo lo había contado a sus hijos hasta llegar al primero que había escuchado la palabra de dios y había salido de la mano de dios.

-"Y fijaos," terminó tristemente, *"tantos años han pasado, tantas rosas florecido, tantos pajaritos han salido de los huevos desde el día de la Creación, sin embargo, Robin Petirrojo es todavía un pajarito gris. No ha logrado aún ganar sus plumas rojas"*.

Los pichones abrían del todo sus pequeños picos y preguntaron si sus antecesores nunca habían tratado de hacer algo grande para ganar el tan preciado color rojo.

-"Nosotros hemos hecho lo que pudimos" dijo el pajarito. Pero hemos fracasado todos. Incluso el primer Petirrojo encontró un día otro pájaro exacto a él y enseguida comenzó a amarlo con tan inmenso amor que podía sentir quemarse su pecho.

-"¡Ah!", pensó entonces, *"¡ahora entiendo! Era lo que Nuestro Señor quería decir, que yo amaría con tanto ardor que mi pecho se volvería de color rojo, del calor del amor que vive en mi corazón"*.

Pero esto no lo consiguió, como todos aquellos que vinieron tras él no lo lograron, e incluso vosotros no lo lograréis.

De nuevo se escuchó un triste "pi" de las gargantas medio peladas de los pichoncitos.

-"También hemos contado sobre nuestro coraje y valor", dijo el pájaro.

-"El primer Robin Petirrojo luchó valientemente con otros pájaros, hasta que su pecho se inflamó con el orgullo de la conquista. "Ah", pensó, "las plumas de mi pecho se volverán rojas del amor a la batalla que quema en mi corazón".

Pero él tampoco lo consiguió como todos aquellos que vinieron tras él no lo lograron e incluso vosotros no lo lograréis.

Los pequeños piaron valerosamente diciendo que ellos todavía querían intentar y ganar el tan buscado premio, pero el pájaro les contestó, muy triste, que sería imposible.

-"¿Qué podían hacer cuando tan espléndidos antecesores no habían logrado la prueba? ¿Qué más podían hacer que amar, cantar y luchar? ¿Qué podría?" El pajarito paró de pronto, pues de una de las puertas de Jerusalén venía andando una muchedumbre de gente y toda la procesión se precipitaba hacia la colina donde el pájaro tenía su nido. Había caballeros en caballos soberbios, soldados con largas espadas, verdugos con clavos y martillos. Había jueces y sacerdotes en la procesión, mujeres llorando, y sobre todo personas enloquecidas, desbandadas, corriendo de un lado a otro; una inmundada muchedumbre de haraganes gritando.

El pajarito se sentó temblando en el borde de su nido. Temía a cada instante que el pequeño arbusto de espinos fuer pisoteado y matasen a sus pichones.

-“¡Cuidado!” gritó a los indefensos pequeños.

-“Permaneced juntos y quedaos quietos. ¡Aquí viene un caballo que va a pasar justo sobre nosotros! ¡Aquí viene un guerrero calzado con sandalias de hierro! ¡Aquí llega toda la muchedumbre salvaje prorrumpiendo en injurias!”.

Inmediatamente el pájaro cesó su grito de atención y se quedó quieto y en calma. Casi olvidó el peligro que se cernía sobre él.

Finalmente, saltó adentro del nido y abrió sus alas sobre los pequeños.

-“¡Oh, esto es demasiado terrible!”, dijo.

-“No quiero que sean testigos de esta horrible visión. ¡Hay tres malhechores que van a ser crucificados!” y puso sus alas bien abiertas de forma que los pequeños no pudieran ver nada. Sólo escuchaban el sonido de los martillos, los gritos de angustia y también los salvajes alaridos de la muchedumbre.

Robin Petirrojo seguía todo el espectáculo con sus ojos que crecían con el terror. No podía apartar su mirada de los tres desafortunados.

-“Que terribles son los seres humanos”, dijo el pájaro después de un momento.

-“No es suficiente que claven a esas pobres criaturas a una cruz, sino también tienen que poner una corona de agudas espinas sobre la cabeza de uno de ellos. Veo que las espinas han herido su frente de forma que sale sangre”, continuó.

“Y este hombre es tan bello y mira a su alrededor con miradas tan apacibles que todos tendrían que amarlo. ¡Siento como si una flecha estuviera atravesando mi corazón cuando lo veo sufrir!

El pajarito empezó a sentir piedad cada vez más y más intensa por el sufriente coronado de espinas.

-“¡Oh, si sólo fuese mi hermano águila!”, pensó “¡sacaría los clavos de sus manos, y con mis fuertes garras echaría lejos a todos los que lo torturan!”

Vio cómo la sangre goteaba de la frente del crucificado, y no podía permanecer por más tiempo quieto en su nido.

-“Aunque sea pequeño y débil, y yo puedo hacer algo por este pobre torturado”, pensó el pájaro. Entonces dejó su nido y salió volando al aire describiendo amplios círculos alrededor del crucificado. Voló en torno a él sin atreverse a acercarse, pues era un pajarito tímido que nunca se había animado a ir cerca de un ser humano. Pero poco a poco fue creciendo su valor, se aproximó y sacó con su pequeño pico una espina que se había clavado en la frente del crucificado... y cuando salió, cayó en su pecho una gota de sangre de su cara, se extendió rápido flotando y coloreando todas las finas plumitas del pecho del pajarito.

Entonces el crucificado abrió sus labios y susurrando al pájaro dijo:

-“Por tu compasión, tú has ganado todo lo que tu especie ha estado esforzándose por conseguir desde que el mundo fue creado”.

Tan pronto como el pájaro volvió a su nido, sus pichones le gritaron:

-“¡Tu pecho es rojo! ¡Las plumas de tu pecho son más rojas que las rosas!”.

-“Es sólo una gota de sangre de la frente del pobre hombre”, dijo el pájaro,
“desaparecerá tan pronto me bañe en un charco o en un estanque claro”.

Pero no fue así, por mucho que se bañase el pajarito, el color rojo no desaparecía, y cuando sus pequeños crecieron, el color rojo como sangre brilló también en las plumas de su pecho, tal como continúa brillando en el pecho y cuello de cada Robin Petirrojo hasta el día de hoy.

POR QUE EL HIJO DE DIOS TUVO QUE MORIR

Durante tres años, el Hijo de Dios y sus amigos habían andado por la Tierra Santa. Una primavera, cuando en sus andanzas se sentaron al lado de un trigal para descansar, los brotes de trigo habían crecido ya un poquito y todo el trigal parecía una alfombra verde claro.

El Hijo de Dios estaba muy serio. Sus amigos percibieron esto y lo miraban en silencio. Después de un momento Él dijo:

-“Voy a contaros historias sobre el trigo, así luego comprenderéis porqué yo tendré que sufrir y morir”.

“Sí, cuéntanos” le pidieron sus amigos. Entonces el Hijo de Dios comenzó a contar:

Mucho tiempo atrás había mucho más pasto sobre la tierra que hoy, y crecía el doble de la altura en que actualmente lo vemos en nuestras praderas. Las hojas del pasto eran largos tallos, ligados unos a otros por unos nudos bien fuertes para que los tallos no se doblasen. Así, de nudo en nudo, el pasto crecía hacia lo alto hasta formar en la punta una florecilla verde minúscula, de formas variadas; unas parecían una escobita firme; otras, frondosas como un pequeño árbol.

Pero todo lo que crece en dirección al cielo, es motivo de aborrecimiento para el diablo. Era el caso del pasto. Día y noche el diablo trataba de descubrir una forma de dominarlo. Cierta noche, fue hasta el prado y susurró a las hojas del pasto:

-“Yo sé una forma de hacerlas poderosas. Yo puedo darles la fuerza para envolver toda la tierra; entonces ella les pertenecerá y nadie podrá arrancarlas. Ustedes sólo precisan hacer lo que les voy a decir: deben dejar de crecer hacia lo alto”.

Respondió el pasto:

-“No, nosotros queremos permanecer ligados al cielo, pues Dios es Señor de todos los seres de la tierra; y nosotros queremos pertenecer solamente a Dios”.

Pero algunos tallos se dejaron seducir por las palabras del diablo y preguntaron: ¿Y qué debemos hacer para dominar la tierra?"

El diablo les respondió:

-“En vez de dejar crecer los nudos encima de la tierra, enviando los tallos hacia lo alto, deben inclinarse de lado, por debajo de la tierra. De cada nudo que formen bajo tierra, hagan brotar una pequeña hierba dañina, pero no muy alta, para que toda la fuerza permanezca en los tallos. Háganlos crecer y expandirse escondidos, cada vez más hasta que subterráneamente hayan envuelto toda la tierra. De esta manera les pertenecerá y a mí también”.

A algunos pastos les gustó la posibilidad de ser poderosos y tomar posesión de toda la tierra. Dejaron pues, de enviar los tallos con sus nudos hacia arriba, e hicieron lo contrario, se extendieron de lado por debajo de la tierra. En cada nudo proyectaban por encima una pequeña hierba dañina, de tal forma que a los otros pastos les sacaban la luz y las fuerzas, impidiéndoles crecer muy alto. El labrador vio la hierba dañina y la arrancó. Pero sólo consiguió arrancar lo que estaba extendidísimo y a muchas millas de su raíz. Nadie consiguió arrancarlo.

-“Maldita grama” injuriaba el labrador, nunca consigo librarme de ella.

El diablo se rió a sus anchas y satisfecho, incentivó a la grama a continuar extendiendo sus tallos para cubrir la tierra. Pero el pasto hacia irradiar sus hojas al cielo, exclamando:

-“Señor Dios de nuestros cielos, nuestros hermanos fueron seducidos por el diablo, y quieren dominar toda la tierra. ¡Ayúdanos Señor, pues están sacándonos la luz y las fuerzas!”

Y Dios les habló:

-“¿Vosotros estáis dispuestos a dejar de enviar vuestros tallos en dirección al cielo’.

Y los pastos respondieron

-“Sí Señor, estamos dispuestos a todo si es Tu voluntad”.

Y el Señor dijo:

-“Entonces juntad todos los nudos superiores de vuestros tallos y formad una espiga en la punta. Yo la bendeciré para que formen granos. Sus granos llegarán a ser el pan que alimentará a los seres humanos”.

Muchos pastos siguieron la palabra de Dios y se convirtieron en trigo. La grama, mientras tanto, se dio cuenta de la exageración de las promesas del diablo. Siguió expandiendo sus tallos bajo tierra de modo que el labrador no conseguía arrancarla; pero éste llegó a encontrar rocas y ríos, e incluso el gran océano, quienes no la dejaron proseguir. Hasta hoy, la grama trata de apoderarse de toda la Tierra, pero no lo conseguirá.

El trigo, en cambio, existe en todo el mundo en forma de pan.

CÓMO EL TRIGO SE VOLVIÓ PAN

Cuando el trigo había recibido tan bellas espigas, en agradecimiento, hizo rotar en cada grano una pequeña irradiación, de manera que las espigas parecían pequeños soles alargados. Los granos crecieron y crecieron, y llegaron a ser tan pesados que las espigas se inclinaron hacia la tierra diciéndole:

-"Querida tierra, el cielo nos dio la luz y tú nos diste la materia. Con gratitud envíanos nuestras radiaciones al cielo e inclinamos nuestros granos hacia ti".

Dijo entonces la tierra:

-"Vosotras estáis ahora contentas por estar así cargadas de granos, pero todavía tenéis que sufrir mucho. No os desaniméis, pues al final estaréis blancos como la luz celestial y recibiréis un cuerpo nuevo, redondo y marrón como una pequeña tierra".

Las espigas escucharon atentamente las palabras de la tierra. Entonces llegó el labrador y segó las espigas. Machacó tanto el trigo, que los granos saltaron de sus cáscaras.

-"Este es el sufrimiento del cual la Tierra nos habló", pensaron las espigas.

"Esto tiene que ser para que quedemos blancas como la luz, y redondas y marrones como la tierra".

Después de haber sido machacados, los granos fueron metidos en bolsas. Allí adentro estaban apretados y también estaba oscuro. El labrador tomó la bolsa a cuestas y la llevó a molino. A cada paso que daba, los granos se molestaban y querían salir de aquella bolsa oscura.

-"Aquí se está tan apretado y oscuro", se quejaban.

Luego, la bolsa fue abierta y los granos saltaron afuera, pero no llegaron a ver la luz, fueron a parar a un embudo más oscuro todavía. En el molino, el trigo fue molido y perdió su forma propia. A pesar de todo, continuaba acordándose de lo que la tierra le dijera, y por esto, soportaba todo. Así el trigo fue transformado en harina blanca como la luz celestial.

Enseguida, la mujer del labrador tomó la harina, la mezcló con agua, fermento y sal y de la masa formó un pan redondo. Lo llevó al horno donde quedó con una corteza firme, pareciendo una tierra pequeña, redonda y marrón. Así se cumplió lo que la tierra prometiera al trigo cuando éste estaba todavía en el campo.

POR QUÉ EL GRANO DE TRIGO TIENE QUE MORIR

No todos los granos de trigo pasaron por esta transformación de grano a harina y de harina a pan. El labrador guardó algunas bolsas del cereal sin llevarlas al molino.

Cuando llegó la primavera, tomó los granos y los sembró en su campo. En muchos surcos los granos permanecieron juntos cubiertos de tierra marrón, durmiendo. Durante la primavera, el sol envió sus rayos y, como si fuesen flechas puntiagudas, con ellas atravesó la tierra endurecida por el frío hasta tocar a cada grano dormilón. Los granos despertaron y se abrieron. Hacia abajo se estiraron pequeñas raíces, y hacia arriba, delicados brotes. Las raíces se afirmaron en la tierra, y los brotes acompañaron a los rayos del sol, rompieron la corteza de la tierra, y crecieron hacia lo alto hasta transformarse en verdaderos tallos.

Pero cuanto más crecía la raíz hacia abajo y el tallo hacia arriba, tanto más el grano en su surco perdía sus fuerzas. Era preciso que muriese para que de él pudiera brotar un haz de nuevos tallos. Si el grano no fuera colocado en la tierra y muriese, no podría dar espigas con muchos granos; y si los granos no fueran molidos, no podrían dar harina y pan para los seres humanos.

Cuando el Hijo de Dios acabó de contar a sus amigos todas estas historias del grano de trigo, añadió:

-“Ahora subamos a Jerusalén. Allí cenaremos todos juntos”.

Una vez más los amigos miraron hacia la siembra verde del campo y pensaron:

-“Bajo cada tallo, hay dentro de la tierra un grano que debe morir. En el verano, cada tallo dará muchos granos de trigo”.

CÓMO EL HIJO DE DIOS Y SUS AMIGOS CELEBRARON LA CENA DE DESPEDIDA

En una bella casa en Jerusalén, había una sala amplia bajo el tejado. Allí, el Hijo de Dios y sus doce amigos pudieron celebrar la cena de despedida. Al entrar, la mesa ya estaba puesta y se sentaron.

-“Todavía quiero hablaros una vez más del trigo”, dijo el Hijo de Dios.

-“Yo mismo soy como un grano de trigo que será colocado en la tierra y debe morir, para que pueda vivir en muchos seres humano. Pero al mismo tiempo, soy como los otros granos de trigo que son machacados, molidos y transformados en pan. Yo soy el pan de la vida”.

Entonces Él tomó en las manos el pan que tenía delante de sí en la mesa, dirigió sus ojos hacia lo alto, hacia su Padre Celestial, oró y después se lo ofreció a sus amigos para que lo comieran. Enseguida, pasó a cada uno el cáliz con el vino y ellos bebieron. Cantaron juntos canciones y luego salieron al jardín.

Poco después se cumplió en el Hijo de Dios todo lo que Él dijera antes a sus amigos sobre el grano de trigo: que debería ser machacado, muerto, y ser colocado en la tierra para poder renacer en muchos tallos nuevos. Él tuvo que morir y ser sepultado, para que pudiese revivir en muchos corazones humanos.

LA DESCENDENCIA DEL BURRITO

Cuando María y José volvieron con el Niño Jesús de Belén a Nazaret, llevaron al burrito con ellos también. Les ayudaba cuando tenían que cargar algo, pero cada vez lo necesitaban menos y María pensó que no era bueno para él que estuviese ocioso y además solo. Tenían que buscarle una pareja, pues ya era un burro bastante grande.

En esos días llegaron amigos de María y José de un pueblo llamado Betfagé, y como María estaba preocupada por el burro, les contó a ellos y enseguida le dijeron:

-"No te preocupes, María, nosotros tenemos una asna muy buena y fiel, de un pelaje gris claro como él, lo llevaremos y lo cuidaremos muy bien."

Al burro no le gustó nada cuando vio que lo querían llevar, pero María lo animó y por fin, después de un ratito de testarudez, se puso en camino.

En su nuevo pueblo le costó acostumbrarse, pues en Nazaret de Galilea el campo era mucho más verde y tenía muchos árboles, y aquí, en cambio, era más árido y seco; no tenía los pastos de allí. Pero fue muy bien acogido por los otros burros pues él contaba todo lo que había presenciado cuando nació el Niño Jesús y todos lo escuchaban con admiración; sobre todo la asna que estaba muy orgullosa de ser su pareja.

Al cabo de un año les nació una asna, que pronto creció y siempre iba una y otra vez al lado de su burrito testarudo. De cómo vio una vez un Ángel, cómo vio nacer al Niño Jesús; los regalos de los pastores...en fin, siempre tenía algo nuevo para contar pues vivió con María y José hasta que Jesús era ya un joven muchacho.

De cuando el niño jugaba con él y lo llevaba en su lomo a pasear en muchas ocasiones, viviendo juntos lindas aventuras. La asna quedaba maravillada de estos relatos y sentía una profunda devoción y respeto hacia su padre.

Pasaron unos años, La asna crecía y su padre envejecía hasta que llegó el momento en que sentía que iba a morir; y al despedirse de su hija, ésta le dijo que había sido muy hermoso para ella haberlo escuchado durante toda su vida, pero que sentía un profundo anhelo de haber vivenciado, aunque hubiese sido por una sola vez, alguno de los momentos con Jesús, que él había vivido en su juventud. Entonces su padre le dijo:

-"Tienes que estar atenta, pues Jesús viaja mucho y si llega a pasar por aquí, estoy seguro que te reconocerá como hija mía; y tú vas a saber que es él, de eso también estoy seguro". Y tras decir estas palabras, cerró sus ojos.

Pasó el tiempo y La asna ya era grande, encontró una pareja y también tuvo un asnito al que desde bien pequeño le contaba las historias de su abuelo. Y un día le contó también lo que su padre le dijo antes de morir. Y el burrito le dijo:

-"Yo quiero estar contigo cuando esto ocurra".

Esta idea vivía en el corazón de madre e hijo como una gran esperanza.

Y llegó el día en que ambos vieron bajar del Monte de los Olivos, que estaba frente al pueblo donde vivían a dos hombres que se dirigían hacia ellos, los desataron y dijeron a su amo:

-“El Señor los necesita y luego los enviará”. Al principio se asustaron pues no conocían a esos hombres, pero sentían que eran buenos y además su amo los debía conocer. Y cuando llegaron y vieron al Señor que los esperaba, como los recibió acariciándoles enseguida, supieron que era Jesús pues se sintieron reconocidos, y además nunca ningún hombre les había acariciado en forma tan cálida como él.

Sus corazones salaban de alegría, ¡Tanto habían esperado este momento!

Luego pusieron mantos sobre ellos, y Jesús se sentó encima. Se acercaba mucha gente que tendría sus mantos en el camino, y otros cortaban ramas de los árboles y también las tendían en el camino.

Y la gente que iba delante y detrás aclamaba diciendo:

-“¡Hosanna al hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!”



<https://ideaswaldorf.com/hosanna/>

Cuando entró en Jerusalén toda la ciudad se conmovió, diciendo:

-¿Quién es éste? Y la gente decía:

-“Este es Jesús el profeta de Nazaret de Galilea”

La asna y el burrito casi no podían creer lo que escuchaban, veían y sentían. Pensaban ambos en el abuelo que, orgulloso, los estaría viendo desde el cielo.

Aportación de Silvia Jover T.